

GRANADA, SIEMPRE

CUESTA DE SAN GREGORIO

A L mediar la tarde, subimos por la escalonada Cuesta de San Gregorio. Ascendemos a partir de la placeta que le da entrada, empedrada con chinanas blancas y grises, traídas desde los arenales del Genil y que simulan una gran flor, como surgida del corazón de la tierra que empañaron allí, precisamente, docenas de mártires cristianos. Ascendemos por la cuesta dejando a la derecha la iglesita, con su obispo bético en la portada, con sus abultadas granadas, poco abiertas aún, que extienden su ramaje como si quisiesen darse la mano las hojas por encima de la clave con rizado acanto. Por la embocadura de la Cuesta de las Arremangadas contemplamos un telón esmeralda sobre el que se destaca la mole rojiza de Torres Bermejas.

Más arriba, el muro de contención para la calle de San José aparece derribado en parte, en mínima parte, pero lo suficiente para que las piedras amontonadas nos den una leve sensación de desidia. Tiendas familiares a uno y otro lado, con nombres que indican la intimidad de la barriada: "Casa Manolo", "Casa Paco", "Zapatería Pepe". La calle del Huerto, entre tapias, y en su arista, un complicado escudo de armas, con banda, madroño y como gran cimera, un águila en actitud de vuelo; pero todo velado por densas capas de cal. Un borriquillo marrón baja por los escalones, tirado por tres chiquillos, y pesando sobre su lomo sin aparejos, un saco a medio llenar con la leyenda impresa "La Vega, 60 kilos".

Nos preceden, caminando deprisa, cuatro betuneros con sus cajoncillos, que vuelven del trabajo, y que desaparecen, como por encanto, en la estrecha puerta de un bodegoncillo. Hemos dejado atrás a una ciega joven, vendedora de "iguales", sentada en una silla baja, mientras que una niña gordiflona, de carrillos rojísimos, juega lanzando pedruscos. Junto a la placeta de la Cruz Verde, con la puerta y el rótulo pintados de esperanza, un establecimiento de bebidas que indica: "El Descanso". Mas no existe posibilidad de aprovechar tal ocasión, pues



Cuesta de San Gregorio.—FOTO L. DE LOS REYES

permanece cerrado, haciendo honor al nombre. Escoltando su puerta, dos discos de propaganda bien diferenciada; uno, americano, escueto, sólo dice "Coca-Cola", mientras el andaluz es más expresivo: "En invierno y en verano, beba vino de la costa, ¡siempre es sano!"

En la plazuela, una viejecita, en un puestecillo pintado de esmalte blanco, vende variadas golosinas. Nos acercamos a conversar. Se llama Expiración, tiene un brazo inválido desde la niñez, padece agudos ataques de reuma, y no ha perdido el optimismo. Niños y más niños rodean su tingladillo, comprándole estampas para los álbumes de "Ben-Hur" o de "Un rayo de luz". Curioseamos la variada mercancía, y anotamos: barritas de regaliz, rósicos de San Lázaro, pipas de girasol, pájaros amarillos de caramelo, "papas de la sierra", cañamones, mixtos de cru-

jir, "cabecitas de gorrión"... Como no conocíamos tal especialidad dulcera granadina, la amable vendedora nos la explica:

—Se hacen a base de garbanzos tostados, triturados en el molino, y amasados con azúcar. ¡Tienen gusto a barritas y cuestan sólo una "gorda"!

Continuamos la marcha, después de contemplar el imponente espectáculo que se nos ofrece sobre la cortada tapia del "Carmen de San Francisco" hacia la plaza de Capellanes: el perfil agresivo, robusto, aristado, de la Alcazaba de la Alhambra sobre el azul del cielo, inmaculado, perfecto. La Cuesta de San Gregorio se estrecha. Frente a frente cuelgan una camiseta tendida y la alegría de unas enredaderas con bellas y diminutas flores amarillas. Mujeres de variada edad charlan y charlan a la puerta de sus casas, mientras cosen y repasan la ropa blan-

EDUARDO MOLINA FAJARDO

RESIDENCIA KENIA

CLASIFICADA EN LA
DIRECCION GENERAL
DE TURISMO COMO
HOTEL DE PRIMERA "A"



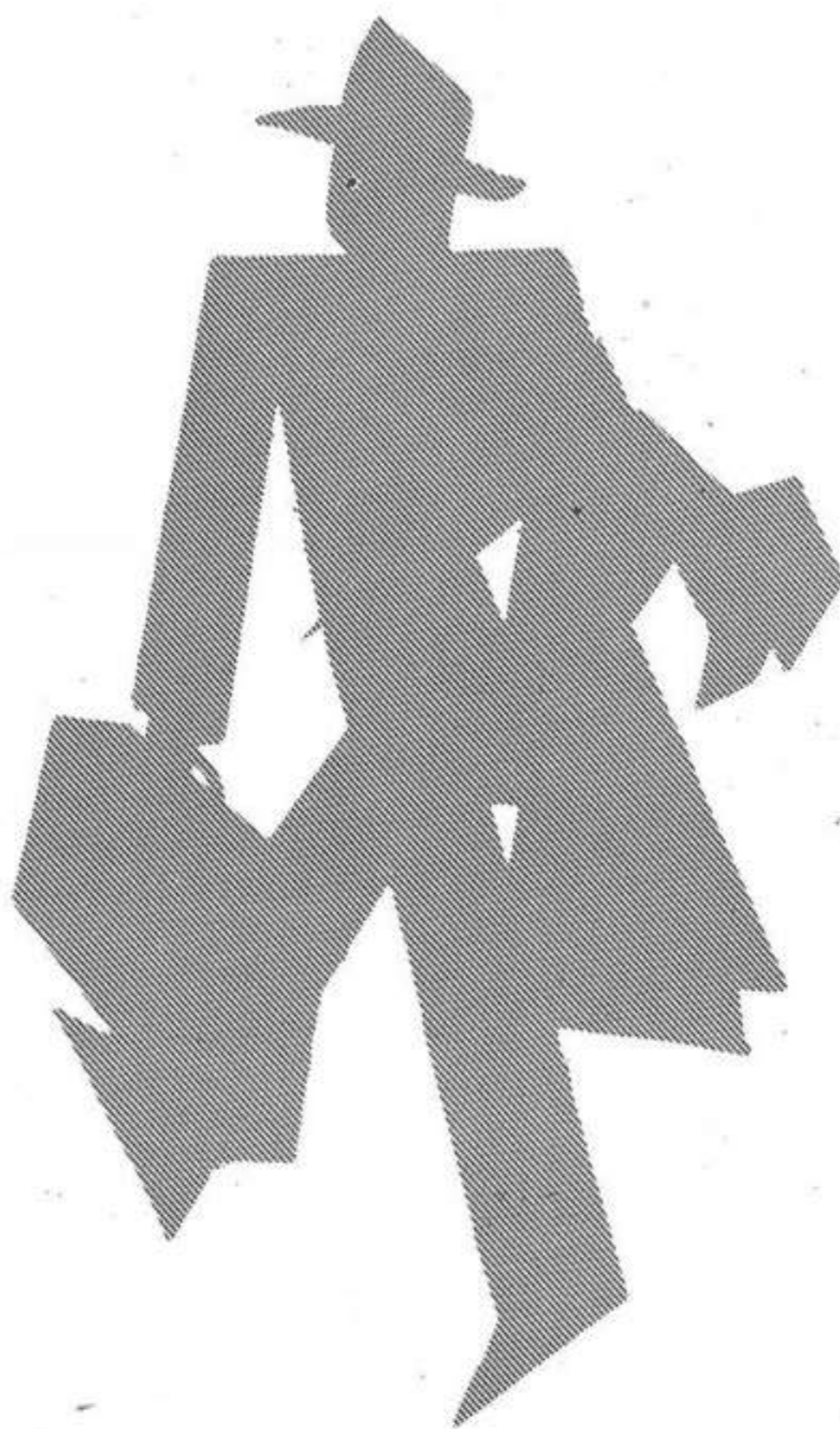
Situada en zona
residencial,
con maravillosas vistas
y amplísimos jardines



HUERTA DE LOS ANGELES

GRANADA

TELEFONO 27507



Montañas de Sábanas y Toallas
sin competencia posible

Tejidos LA FABRICA

PLAZA BIB-RAMBLA, 15

GRANADA, SIEMPRE

ca. Por las ventanas abiertas, de par en par, se escapa una musiquilla optimista que se difunde por los recovecos y las bocacalles cercanas, mientras un locutor anuncia sobre el fondo juguetón de la armonía: "Escuchan a Sarita Montiel". Cae el atardecer con un piar de pájaros en los árboles cercanos, en los aleros altos, de tejas un tanto desdestadas. Llegamos a la plazuela a la que afluye la calle "Muladar de doña Sancha". En su esquina, en esta subida principal del Albaicín, un vaciadero de de basuras, formando alto montículo. Frente a él, sentadas en corro, tres mujeres y una chiquilla bordan, mientras otra, con un hocino, transforma en astillas una tabla. Dos espléndidas palmeras abren la gracia de sus múltiples brazos verdísimos, tras la tapia coronada de yedras del "Carmen de la Media Luna". Un poco más lejos se asoman las llamas de unos cipreses jóvenes.

—Nos quea más de lo que hemos andao— afirman, entre ellas, dos renegridas gitanas con su carga al hombro, arrastrando a tres "churumbeles" tristísimos.— ¿Donde parará el autobús?

Una vecina les informa:

—La parada del coche esta bastante alejada. ¡ Junto al Cuartel de la Guardia civil!

Sin saber por qué, no podemos ocultar la sonrisa, mientras se pierden en un recodo las "calés" con rápida prisa viajera.

La cuesta sigue y se ensancha en la plaza de Nevot, con casas blancas y amarillas, con tapias coronadas de barandales y macetas de geráneos, de rosales trepadores, de claveles. Entre las rejas altas, un perro lobo, echado, abre la potente boca, traspirando. Antes del próximo recodo, la ventana con el retablillo de la Virgen de las Angustias, rodeada la sagrada imagen de exvotos de plata, de raigambre casi ibérica. Frente a Ella, flores contrahechas compitiendo con flores naturales, presididas por tres hermosos claveles rojos y amarillos. En la tela metálica que protege el cristal de la reja, aparece suspendida una pequeña flor blanca, humilde, sin relieve. Ella preside todo el homenaje ante el altar, toda la calle, toda esta hora —seis y media de la tarde— en que yo la contemplo imaginando que la colocó allí un alma emocionada, una pobre mujer esperanzada que, quizá, avanzaría descalza por los guijarros de la calle empinada.

Pero ya había terminado la Cuesta de San Gregorio. Ahora nos enfrentábamos con la calle del Almirante, Aljibe del Gato, calle de Gumiel. El sol más descendido, apagó brillos a su dorado, en el espejo de un blanco campanario cercano. Sobre la espadaña de hierro, una bandada de aves emigrantes, de vuelta ya, puso en la tarde una inquieta sensación de aventura.